

Arina Ayra

Cuento de nieve



Un fuego desatado en un mar de escarcha. En chaquetas blancas, los abetos habían inclinado sus ramas cansadas. Lenguas de fuego encantadas se elevaban, derramando un soplo cálido y calmante. A su alrededor, un grupo de gitanos cantaba a todo volumen en el bosque congelado bajo el peso de la nieve. En la oscuridad, unas cuantas chicas con vestidos multicolores y unos cuantos chicos de piel oscura con pantalón y cinturón brillantes bailaban salvajemente. La furia de su sangre oriental desafiaba la crueldad del invierno.

Cubierto por el alboroto de canciones y alaridos, un tintineo de cascabeles detuvo en las puertas de la vista. Se acercó a hurtadillas, envuelto en las armonías de un romance ardiente. Dos ojos azules, como el cielo de verano, miraban sedientos el espectáculo de la tarde. Agachada en

pieles de zorro ártico, la hija del emperador de esa tierra ordenó al visitante que detuviera el trineo plateado. El paisaje invernal y la magia de los acordes sonoros la fascinaban. Guapo, de cabello negro ondeando al viento y figura felina, un joven, asaltado por muchachas alegres, apareció en sus ojos emocionados. Sus agudos ojos alcanzaron a ella. Él la miró por mucho tiempo y con asombro, enviándole una extraña emoción al corazón.

**-Arranca el trineo, le urge ella al cochero.
Arranca tan rápido como puedas!**

Quería correr lo más lejos posible, para esconderse de los extraños sentimientos, pero la distancia los acentuaba.



En ese momento, el emperador había anunciado que deseaba casar a su hija con el hijo de un príncipe. Vinieron descendientes de sultanes, hijos de reyes de Occidente, descendientes de vaivodas, herederos de faraones, príncipes del País de la Seda y del País del Sol Naciente... Larisa, la princesa rubia con apariencia etérea, lloraba y suspiraba amargamente. Rechazaba a todos los pretendientes, uno por uno, molestando a su padre. De vez en cuando iba a dar un paseo en trineo por el bosque, pasando por delante del

asentamiento gitano. Más sigilosamente, más directamente, miraba al elegido de su corazón, que no daba muestras de responder. Casi siempre volvía al palacio con lágrimas en las mejillas, viéndolo en compañía de una chica con cabellos negros como el azabache derramándose sobre el campo de seda marrón de sus hombros.

¡Cada vez que los guardias anunciaban que había llegado un nuevo pretendiente, Larisa corría al salón con la esperanza de que apareciera el príncipe de los gitanos! Pero en vano. Pasaron decenas de caballeros, unos más ricos, otros más brillantes...

El emperador se volvió cada vez más sombrío. Tenía miedo de que un día iría al Señor y no llegaría a ver a su muchacha casada. El reino podría decaer, gobernado por una mujer tan imprudente. Lamentaba amargamente no tener otros hijos en los que depositar sus esperanzas

para el futuro de su reinado. Perdiendo la paciencia, llamó un día a su hija y la regañó:



-Mi niña, la luz de mis ojos. Esperé, en vano, que me trajeras al menos un poco de alegría. Debes saber que si no escuchas y no te casas, provocarás mi muerte... Asustada por las palabras de su padre, la princesa decidió romper el silencio. Tenía que aclarar de una vez por todas lo que había sido con la mirada embriagador del muchacho en el bosque. Empezó una nueva escapada. Nevaba perezosamente y los copos

jugaban entre las ramas de los abetos. El trineo cortaba la nieve fresca, dejando atrás dos huellas pálidas. Se detuvo cerca del campamento gitano, indicándo al cochero que le trajera al príncipe de los sueños. El viento había comenzado a sollozar, la escarcha a morder. Enterrada en las pieles esponjosas, de la princesa solo la nariz era visible. Esperó con gran expectación la entrevista, pero el sirviente regresó solo.

-Su Alteza, este tonto no quiere venir. Solo acepta un encuentro al manantial helado. Puedes ordenar que sea azotado por desobediencia, el campamento gitano está en tu reino...

-¡Oh, no! Exclamó ella, horrorizada. ¿Cómo puedo azotar a un príncipe? Vi su cinturón y sus botas de oro, la capa azul con diamantes... No puede ser un plebeyo...

- Mi señora, los gitanos no son de su rango. Ni siquiera bulibasha, el rey de los gitanos, puede anhelar un retoño principesco.



La chica lo miró estupefacta. A los 17 años, ella no entendía estas diferencias. ¿Entonces cómo podía darse el lujo de rechazar su invitación?! El primer pensamiento fue pedir ser azotado, inmediatamente ahogado en un anhelo sin límites. Sí, irá al manantial helado.

Se vieron, se acercaron, tocándose las manos, felices. La luna con frío los observaba desde la altura que apoyaba su frente sobre las copas de los abetos helados.

El más amado y respetado entre los gitanos, el muchacho no era el hijo de bulibasha, la muchacha que lo seguía a cada paso del camino

era su descendencia. Todos los miembros del campamento gitano esperaban este matrimonio como evidente.

Para encontrar a Larisa, şandri, ese era el nombre del hombre de rostro blanco como la nieve, una presencia inusual en el mundo de los gitanos, tuvo que escapar de los ojos de la futura novia. No era una cosa fácil.

Y los días fluían... abalorios ensartadas apresuradamente en el hilo del tiempo. El emperador cayó en su cama, enfermo de ira. La muchacha entendió que ya no podía ocultar su amor. Convenció a şandri le pidiera matrimonio, para salvar a su padre. Pero su plan resultó ser totalmente falto de inspiración. El emperador no podía concebir un yerno nómada, no podía admitir a un joven gitano en el trono del país. Reunió todas sus fuerzas y se curó milagrosamente. El clavo de la desilusión quitó el

clavo de la enfermedad, porque sólo "un clavo saca un otro clavo".

Consciente de que no podía darle ninguna satisfacción a su padre, Larisa decidió huir con Şandri al mundo. Vestidos con ropas de gitanos, los dos tomaron el camino del bosque. Se perdieron en los silenciosos ventisqueros, corriendo con dificultad entre los árboles que gemían bajo el manto de nieve.



Enfurecido más allá de toda medida, el emperador ordenó que se buscara a los fugitivos, ofreciendo una gran suma a cualquiera que diera una pista de sus escondite. Los ejércitos imperiales recorrieron por el mundo entero, en vano.

Un día, una gitana engreída, de cintura de avispa y ojos penetrantes llegó al palacio envuelta en un manto gris. Misteriosa, pidió ser recibida por el emperador, pues le traía importantes noticias sobre su hija. El conductor accedió a recibirla de inmediato, amenazándola de que donde estaban sus pies también estaría su cabeza si intentaba engañarlo. Liubka, la hija del bulibasha, avanzó paso a paso, con humildad, hacia el trono y se arrojó a los pies del emperador. Se dice que el amor gitano es el más fuerte de la tierra, no era de extrañar la desesperación de la mujer engañada.

-Su Alteza, yo sé dónde está su única hija. Me robó a mi amante y pisoteó su majestad... Días y noches

los perseguí con la concha. No detuve la lucha para separarlos, por encantos y hechizos. Pero sus oraciones los derretieron. Su Alteza, he venido a decirle que mi bola de cristal encantada finalmente ha descubierto su escondite. Envía rápidamente a los soldados para que te traigan a la chica, pero júrame que no tocarás a mi hombre. No te pido nada, solo quiero que vuelva Şandri a mí.



El emperador ordenó a su ejército que se dirigiera rápidamente a la cueva donde se había enterado de que Larisa se había refugiado junto con el príncipe de los gitanos. Pidió que solo le trajeran a la muchacha, instruyendo a un fiel sirviente para que le quitara la vida al que se había atrevido a robársela. También le ordenó que quemara su cuerpo y esparciera sus cenizas a los cuatro vientos.

Al llegar a la cueva, el ejército del soberano solo encontró a la bella princesa, porque el muchacho estaba siendo llevado de caza. Acorralada, Larisa peleó lo más que puede con los soldados. Dos hombres fuertes la ataron a la silla de un caballo y todos partieron hacia el palacio. El sirviente encargado de matar a Şandri se quedó esperándolo en la cueva.

Había comenzado una ventisca furiosa. No podías mantenerte en pie. El viento silbaba ominosamente. Con el rostro cubierto, solo con los

ojos a la vista, Liubka se interpuso en el camino de los soldados para asegurarse de que traían a la hija del emperador. Contenta de verla traída por la fuerza, la gitana preguntó por su hombre. Los soldados de brillante armadura le respondieron burlándose que matarían al descarado, sin saber quién era esa mujer curiosa. Como mordida por una serpiente, la mujer desconocida comenzó a gritar, lanzándose como el diablo hacia el bosque. Sus gritos se mezclaron con el aullido del viento en un tumulto indescriptible. Los ojos de Larisa se llenaron de lágrimas al escuchar la maldad que estaba a punto de cometerse.



Agotada, Liubka luchó con los montones de nieve de la ventisca, lo que le impidió llegar más rápido a la cueva para salvar a su amante. Un búho aullaba en un escondite, sus lamentos se escuchaban hasta el borde del bosque. Después de unas buenas horas, llegó a la cueva. Un gran fuego apareció en el horizonte, lanzando sus llamas al cielo. Olía a carne quemada y a abetos recién cortados. Un fuerte mareo se apoderó de ella y sus piernas se volvieron dolorosamente pesadas. Se derrumbó en la nieve, sin energía. El invierno nuevamente comenzó a tamizar copos por los tamices del cielo que competían por cubrir su cuerpo y sofocar las llamas...

En el palacio reinaba la tristeza. Desde que se enteró de la muerte de Şandri, Larisa ya no tenía ganas de vivir. Durante horas rezaba por su alma en la pequeña iglesia del lado norte de la corte imperial. Nunca hablaba con su padre, se escapaba de los sirvientes. Todavía llegaban más

descendientes de cabezas coronadas, brillantes caballeros deseosos de casarse con ella. Larisa le dijo a su padre que se suicidaría si la obligaba a casarse en contra de su voluntad.

Una tarde, cuando regresaba del lugar de oración, una mujer vestida de colores oscuros, como un fantasma, se le apareció en el camino.

-¡Tú lo mataste! ¡Tú lo mataste! gritaba y la golpeaba con todas sus fuerzas.

Era Liubka, quien derramaba toda su amargura sobre su rival. Larisa no se defendía. Se dejó, inerte, presa de las palmas y los puños que la tiraron al suelo. Varios sirvientes acudieron en ayuda de la princesa. A duras penas se lo quitaron

de las manos a la muchacha desenfrenada.



Notificado de inmediato, el emperador ordenó que el campamento gitano anidado en el bosque fuera desalojado sin demora. Apenas pudo controlar su impulso de exigir que mataran a todos los gitanos, porque ellos eran la fuente de todos sus problemas.

Golpeada en casi todo el cuerpo, con un golpe más punzante en el corazón, Larisa se moría. Los mejores médicos y curanderos del mundo fueron traídos para salvarla, pero todos los esfuerzos resultaron en vano. El emperador había prometido la mitad del reino a quien pudiera curar su tesoro. Mientras esperaba con el corazón roto la señal para hacer sonar todas las campanas del país, un sirviente le susurró al oído, temeroso, que una anciana gitana insistía en darle un elixir a la princesa. Tan pronto como escuchó estas palabras, el emperador se volvió loco.

-¡Gitana, gitana otra vez?! ¡Que nunca más vuelva a mi oír hablar de gitanos! ¡Ponla en cadenas inmediatamente!

En ese momento apareció la niñera de Larisa, con los ojos rojos de tanto llorar. Ella había reemplazado a su madre después de que la emperatriz muriera al dar a luz.

-Su majestad, creo que la princesa se está muriendo. Deberías venir en su lecho, reconciliarse al menos en los últimos momentos.

Agobiado por los años, el soberano entró con dificultad en la habitación de la muchacha. La luz de sus ojos moría lentamente, como una llama se apaga lentamente en una vela secada. Unas dos o tres criadas susurraban haciendo señas a diestra y siniestra. Habían oído que una bruja gitana había sido encarcelada en el sótano del palacio.



- De qué habláis ahí, tronó el emperador, sorprendido por tanta osadía.

Las chicas se quedaron en silencio, asustadas. Lista a clausurar las contraventanas de sus ojos para siempre, la princesa cerró las miradas hacia el mundo terrenal. Roja como el fuego, una de las muchachas estalló:

- ¡Gran emperador, trae rápidamente a la gítana! Quizás esta sea la última oportunidad...

El corazón paterno del soberano se ablandó. Inmediatamente mandó llamar a la anciana que se había jactado de poder salvar a su hija. Pero

no olvidó amenazarla con enviarla a la horca si lo engaña.

La gítana pidió que la dejaran a solas con la princesa, deseo que fue inmediatamente respetado. No había momento que perder. La anciana se acercó a Larisa, se arrodilló y le besó la mano.

- Mi hermosa, soy la madre de Şandri...

Como por arte de magia, el rostro cadavérico de Larisa captó un rastro de color.

-Vengo a darte una maravillosa noticia. mi hijo vive...

De repente, la princesa dejó escapar una exclamación de felicidad. La sangre se apresuró a sus mejillas.

- Me envió un mensaje a través de un monje, pero me pidió que no se lo dijera a nadie, para no poner en peligro la vida de quien lo perdonó la vida. En lugar de matarlo y quemarlo, como se le

había ordenado, el sirviente quemó el chivo que Şandri había cazado. El hombre se compadeció de mi hijo, porque él mismo había perdido un hijo al nacer, que ahora debería haber sido de su edad. Pero le hizo jurar que se iría y nunca volvería.



La anciana también le contó cómo había salido del campamento gitano, escondiéndose en una choza abandonada en el corazón del bosque, solo para poder hablar con ella algún día. El monje le había confesado que Şandri extrañaba a la princesa, pero que no quería volver a verla para no causarle aún más daño.

- Madre, si Şandri quiere olvidarte, olvídalos a él también. ¡Cásate, proclamate emperatriz, vive tu vida! Por eso vine, para decirte que mi chico sería más feliz si te supiera sana y realizada. Levántate, que en realidad no tienes ninguna dolencia sino añoranza... Dile a tu padre que me dé unas piezas de oro porque te he curado, para que me sirva en el camino. No necesito la mitad del reino...

Larisa suspiró profundamente y volvió a colapsar entre las almohadas. Le confesó al gitano que ya no quería vivir sin Şandri, aunque él prefería verla feliz en su mundo. Ella comenzó a sollozar, rogándole que la ayudara a encontrarlo.

La gitana se fue sin pedir recompensa, después de haberle dicho a la princesa dónde debía buscar a su hijo. Se había convencido a sí misma de que ella amaba de verdad a Şandri, que estaba dispuesta a dejar el trono para vivir con su amado.

Larisa se recuperó rápidamente después de la reunión con la madre de Şandri. Tan pronto esté lo suficientemente bien, tomó un par de cosas estrictamente necesarias y se dirigió al bosque.

La nieve brillaba discretamente bajo los rayos de un sol débil. La anciana salió a su encuentro. Le dio tres palitos encantados para usarlos en caso de gran peligro en el camino. Si rompiera uno de ellos, todas las criaturas vivientes del bosque saltarían en su ayuda.



Élla le aconsejó que los usara sabiamente, sin embargo, solo en los momentos más difíciles, porque la esperaban grandes peligros.

La hija del emperador se lo agradeció calurosamente, saliendo rápidamente, por temor a que las tropas de palacio la siguieran. Se hundió en el bosque, a través de los nieves que le llegaban casi hasta la cintura. Caminó penosamente hacia adelante, a veces a través de ventisqueros, a veces azotado por tormentas... durante días y días.

Agotada, una noche escuchó un ronquido estremecedor proveniente de un callejón sin salida. Contuvo la respiración, por miedo a despertar al animal de su madriguera, hasta que pasó frente a su entrada. Mientras exhalaba un suspiro de alivio, dos enormes patas de oso la agarraron por detrás. Al oler la presencia de un humano, el monstruo se había despertado de la hibernación. Hambriento, había salido a atacar.

Tomada por sorpresa, Larisa se había olvidado por completo del regalo de la gitana. Rezó en su mente, enfrentando su destino con amargura. Cuando la bestia trató de arrastrarla a su guarida, el asa de la bolsa se enganchó en unas ramitas secas y se rompió, dejando al descubierto los palitos encantados. Despertada como de un sueño, la niña agarró uno con la boca y lo aplastó entre los dientes. En un momento, de todos los rincones del bosque aparecieron todos los seres vivos, pequeños y grandes, que la habían rescatado de las garras de la muerte.



Siguió su camino, molesta por haber desperdiciado uno de los palitos encantados. El frío le había penetrado hasta los huesos. Sólo el anhelo infinito la mantenía en pie. La noche era profunda. Un búho aulló, como un mal presagio. El peligro no se hizo esperar. De la sombra de un árbol secular, apareció la figura de una abuela fea. Horrible momia con las mejillas hundidas, con la piel pálida y los ojos desorbitados, la Bruja del Bosque, porque ella era, saltarle encima la muchacha apretándola como una pinza con sus garras descarnadas. La vieja bruja había tenido durante mucho tiempo el objetivo de comerse a una hermosa niña para refrescar su sangre. Arrastró a Larisa a su morada subterránea y la metió en una jaula de hierro hasta que podía preparar el fuego para asarla.

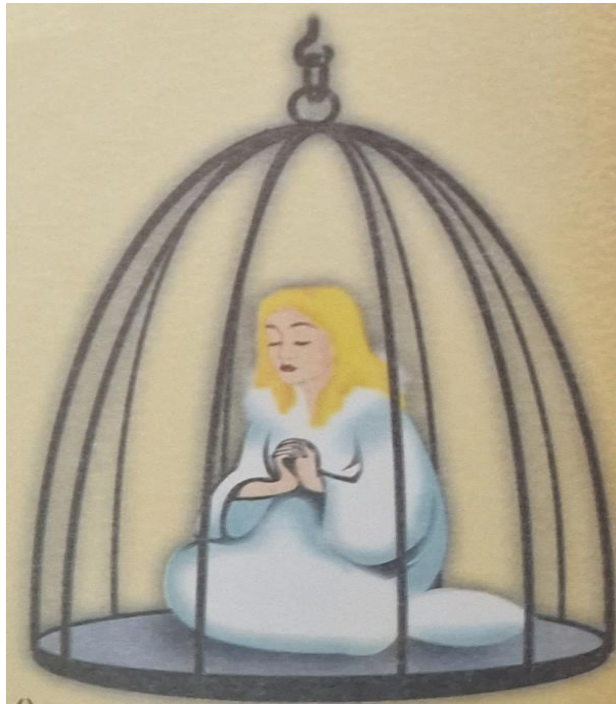
Sin la bolsa de palitos encantados, que la fealdad se había encargado de quitarle, la princesa lloró y rezó por la felicidad de Şandri.

En un momento, un cachorro apareció de la nada, moviendo la cola. Deambuló más allá de la prisión de la niña, con los ojos húmedos. La chica alcanzó a través de los barrotes y lo acarició. Le preguntó si podía buscar su bolso para el viaje. El perro la olfateó con insistencia y se volvió invisible. Se escuchaban ruidos espeluznantes desde la cocina. La Bruja del Bosque estaba trabajando duro afilando los cuchillos que usaba para cortar a sus víctimas.

Cuando toda esperanza se fue, el cachorro le llevó la bolsa a la muchacha y la empujó dentro de la jaula de hierro. Desafortunadamente, ella no lo vio. Un sueño extraño la había derribado por miedo.

La bruja entró en puntas de pies con un cuchillo, feliz de que podrá matarla más fácilmente mientras dormía. El perro comenzó a ladrar desesperadamente. La princesa se despertó asustada. La abominación avanzó rugiendo, lista

para darla el golpe de gracia. Antes de abrir la jaula, como por arte de magia, Larisa notó la bolsa de palitos encantados y rompió uno con la mayor prisa. Inmediatamente, la casa de la Bruja del Bosque fue atacada por todos los seres vivos del bosque, quienes liberaron a la muchacha y destruyeron a la vieja.



Después, Larisa buscó por todo el bosque, pero no había señales de Şandri. Sólo las entrañas de la gran montaña habían quedado sin explorar. La nieve que caía en abundancia cortó sin piedad su ímpetu. ¡Tal vez hubiera sido mejor esperar a la primavera! Pero el anhelo desgarrador no le dio paz. El recuerdo de Şandri le daba alas invisibles. Respiró hondo por unos momentos y continuó su ascenso con determinación. Descubrió un sendero y se elevó por las pendientes más suaves en las que estaba encaramado. Pero no tuvo un camino tranquilo por mucho tiempo. En una cresta de montaña apareció un monstruo de unos tres metros de altura con una cabeza tan grande como la rueda de un carro. Tenía tres ojos feroces y un enorme cuerno en la frente. El Ogro de las Montañas había estado buscando una bella esposa durante mucho tiempo. Tan pronto como vio a la bella princesa, comprendió que ella era la mujer de sus sueños. Primero, le propuso gentilmente ser su novia, prometiéndole tesoros invaluables.

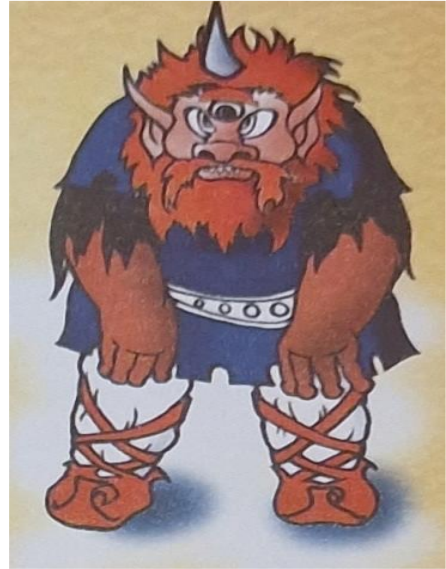
Larisa le confesó que era la hija del emperador y que renunció a todas las riquezas de su padre para vivir con el hombre que amaba.

Visiblemente irritado, el Ogro la agarró por la axila y la llevó rápidamente a la cabaña gigantesca donde vivía. Desesperada, la muchacha rompió el último palito. Todas las criaturas vivientes al pie de la montaña corrieron para salvarla, derribando al gigante.

Liberada de las manos del monstruo, la niña continúa su ascenso, sin fuerza. Pero el monstruo estaba tras su rastro de nuevo. Al fingir estar muerto, el Ogro había engañado a los ayudantes de la princesa. Después de que estas se dispersaron en el bosque, inmediatamente partió en busca de su elegida. La atrapó sin mucha dificultad, encerrándola en una de las habitaciones de su cabaña, hasta que habría podido completar los preparativos de la boda. La muchacha lloró amargamente y se lamentó,

elevando fervientes oraciones a Dios. Miró desesperada, a través de la ventana enrejada, a los copos de nieve que bailaban, indiferentes. Día y noche no pudo dormir. Decidió terminar con sus días. La

noche anterior a la boda, cuando el reloj dio las doce, escuchó una voz de incomparable belleza. Miró asustada hacia la puerta, convencida de que aparecería el Ogro de las Montañas, con una voz fingida para cautivarla. Pero la puerta no se movió.



Una luz cegadora entraba por la ventana. Larisa se frotó los ojos, atónita. Un verdadero ángel, con alas blancas como la nieve fresca, le estaba hablando. Él había llegado gracias a las oraciones de Şandri, que estaba en el monasterio protegido por una roca en la cima de la montaña. Después de romper los barrotes de la ventana, el ángel la instó a salir de la prisión. Con su luz acompañó sus pasos, para protegerla de los malos espíritus de la noche, prometiéndole llevarla a su amado.

Al amanecer llegaron a la puerta del monasterio y el ángel desapareció. Larisa no se atrevió a entrar, siendo un lugar solo para monjes varones. Esperó humildemente la luz del día, con la esperanza de que alguien desde dentro la descubra. Ya no podía sentir sus pies helados cuando un monje de barba blanca le preguntó qué buscaba en medio de la nada. Rompiendo en lágrimas, la muchacha le rogó que le traiga a Şandri.

Grande fue la sorpresa del muchacho al verla. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

- ¡Sandri, mi vida! gritó la muchacha y lo abrazó.

Él trató de esquivar tímidamente las caricias de la muchacha, no permitidas por una siervo de Dios. Pero Larisa no podía entender tales restricciones. Había venido tan lejos, enfrentando tantos peligros, para encontrarlo. No podía entender la vida sin él.

Şandri veía las cosas de manera completamente diferente. Él también la amaba, pero era consciente de que la ira del emperador lo alcanzaría nuevamente. Había encontrado su paz interior en el monasterio, soñando que al menos en el otro mundo estaría con el ser adorado. Decepcionada por su actitud, la princesa se enfadó. Se despidió a toda prisa,



atravesando a toda velocidad a las ventiscas sin mirar atrás. Şandri corrió tras ella, tratando de convencerla de que no era bueno despedirse bruscamente. De repente, Larisa se arrojó al abismo que se abría detrás del monasterio.

Devastado porque no había podido detenerla, el muchacho se inclinó tres veces ante Dios y se lanzó hacia el vacío también...

Había empezado a nevar de nuevo, cuando las tropas del emperador llegaron a las puertas del monasterio.

Pidieron a los monjes que los ayudarán encontrar a la princesa. El anciano abad dijo que había visto desde la ventana de su celda cómo los dos habían caído al abismo. Todos partieron hacia el precipicio. Los soldados exigieron cuerdas gruesas y ayudantes para retirar los cuerpos.

Era una locura descender por ese barranco incluso en verano, y mucho menos en invierno, cuando se producen avalanchas mortales. Pero los hombres del emperador no se pudieron regresar con las manos vacías, pues les esperaba el hacha del verdugo.

Sólo al caer la noche consiguieron traer a la superficie las enormes bolas en los que se habían convertido los dos amantes durante la caída. Con cuidado quitaron la nieve que los había envuelto, muy espesa, liberando sus cuerpos. Rápidamente llevados al monasterio, comenzaron a moverse en medio del calor, ante el asombro de todos.

Cuando recuperaron sus sentidos y se vieron rodeados por el ejército del emperador, ambos desearon que no fueran salvados. Mientras cada uno de ellos temblaba, a su manera, sin querer vivir más, apareció el propio emperador.

Los abrazó felizmente, desconcertando toda la asistencia, no sin antes examinar la oreja izquierda del chico.



¿Qué había pasado? Después de tener un sueño siniestro, la anciana gitana, la madre de Şandri, había huido al palacio. Llevada por los remordimientos, le había confesado al emperador que Şandri no era su hijo, sino el hijo del rey de Oriente. Durante el tiempo en que el campamento gitano vivía en aquellos tierras orientales, ella había llegado servir, como vidente, en el palacio. Ella estaba esperando un hijo al mismo tiempo

que la reina. Antes de ser madre, su marido había muerto, mordido por una víbora. El mismo día, tanto ella como la señora habían dado a luz, pero ella no había tenido parte de su hijo, que había nacido muerto. Después de la pérdida de su esposo, no podría haber soportado otra desgracia. Ella había acechado un momento cuando el hijo del rey se había quedado desatendido y lo vistió con los harapos de su propia criatura sin vida.

Había vestido el cadáver de su pequeño con las túnicas principescas del infante real y lo había colocado en su cesta de oro. Había abandonado a su propio hijo sin vida y había huido con el niño vivo de la realeza. La prueba de sus palabras era la marca en la oreja izquierda de Şandri, una característica distintiva de todos los miembros de la familia gobernante oriental.

Plenamente feliz, el emperador ordenó al ejército que trajera a los dos amantes. Había enviado un mensajero en el corte del rey del Oriente para informarle de lo que había sucedido. Abrumado por la alegría porque su hijo, a quien creía perdido desde la infancia, era vivo, él había partido rápidamente, junto con su reina consorte, para llevarlo a casa. Después de que reconocieron



la marca de la oreja de şandri, se llevó a cabo una boda de cuento de hadas en los dos reinos, como nunca se había visto

antes. Día tras día, la gitana lloraba y suplicaba clemencia, sobre todo suplicando al príncipe robado que la comprendiera. Todos la perdonaron...

Después de la boda, empezó a nevar alegremente sobre los dos países vecinos...

